



12. LA CENA (DISTINTA) DE NOCHEVIEJA

Puesto que era Nochevieja, le sugerí que para cenar nos vistiéramos de una forma elegante, ya que estábamos solos y, teniendo esta edad, había que inventar motivos para estimular la existencia. Esperaba que accediera a ello, por eso tenía previsto ponerme un vestido negro de gasa que había comprado en las rebajas del año anterior y para el que aún no había encontrado una oportunidad de estrenarlo, ya que después de comprado me parecía un tanto atrevido e incluso provocador. También iba a ponerme unos tacones de aguja y hasta una ropa interior muy-muy especial, negra, transparente, hubiera oportunidad de usarla o no. Como mínimo quería saber que la llevaba puesta, cosa que a las mujeres nos provoca a veces una seguridad difícil de explicar.

Con ese aire indolente tan suyo, cada vez más acentuado por la edad, me dijo con desgana, pero correctamente, que mejor no, que para estar cenando solos, aunque fuera Nochevieja, estaba más a gusto así, en pijama azul clarito y zapatillas. No obstante, dijo sin dejar de mirar (yo creo que por rubor) el resumen del año que daban en la televisión, que si yo quería vestirme elegante, a él no le parecería mal (!).

Como una forma de rebelión, sin saber bien con qué objetivo, pero sin duda buscando mi propio ridículo y sus consecuencias personales, que me diera motivos incontestables para odiarle por su actitud, me puse un vestido rojo muy

ceñido, los tacones de aguja previstos y prescindí de la ropa interior, para sentirme así interiormente atractiva y desaprovechada delante de mí misma, con sus correspondientes consecuencias personales. (El vestido negro de gasa lo guardé para una ocasión inconcreta que debía llegar, aunque no sabía cuándo... ni con quién). Encima del vestido rojo me coloqué el delantal para servir la merluza rellena al horno. (Otra auto-provocación surrealista con sentido muy personal).

Cenamos casi en silencio. Cuando terminamos, posiblemente consciente de lo ridícula que había quedado la escena, yo con el vestido rojo ceñido y su escote generoso y él en pijama, con una chaqueta de lana encima, porque decía que le daba frío, me ofreció recogerlo todo, meterlo en el lavavajillas y fregar lo que hubiera que fregar. Pero no quise. Quería hacerlo yo con el vestido rojo ceñido, los tacones de aguja y sin ropa interior, segura de mí misma.

En la cocina me vinieron pensamientos obtusos, primero mientras lo recogía todo y luego, fumando un cigarro sentada frente a la vitrocerámica, a la vez que me tomaba un chupito (en realidad fueron dos) de ron añejo de un trago, como beben el whisky en las películas del oeste. *¿Y si cuando volviera a la sala estuviera muerto en el sillón, como cuando se quedaba dormido después de cenar, pero ahora muerto?* No sé por qué pero no quise apartar de mi mente ese pensamiento y le di vueltas y más vueltas recreándome en detalles al respecto. De fondo oía que en la televisión empezaban con los preliminares de las campanadas. Terminé el cigarro, cogí las bolsitas con las uvas y fui al salón.

Allí estaba, ahora sentado en el sillón frente a la tele, con su pijama azul, la chaqueta de lana encima y sus zapatillas. Parecía dormido, como cada fin de semana hacía después de comer. Cuando estaban a punto de dar las campanadas, le toqué en la pierna para despertarle, pero no se movió. Miré su pecho y no vi que se moviera. Sin sobresalto, me levanté y le di unos golpes en la cara, pero tampoco reaccionó. Estaba muerto. Con una frialdad que no me conocía, me senté, tomé las uvas con emoción campanada a campanada, abrí una botella de champán, me serví una copa, brindé conmigo misma por el año nuevo y cuando terminé, llamé al 112.

Ahora sé que el diablo existe y que se puede contar con él. Antes solo lo sospechaba.